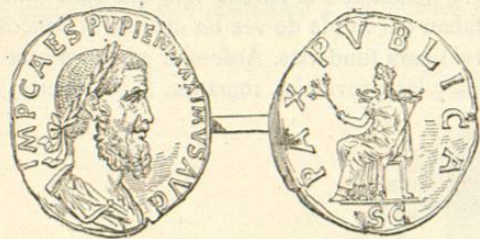


un famoso jefe de bandoleros del país y bandolero él también en sus primeros años a las órdenes de su padre. Después, alistado en las tropas romanas, se fué de grado en grado elevando hasta llegar á ser el oficial más importante del ejército, después de la muerte de Timesiteo. Gordiano le dió la herencia de aquel que acaso fué su víctima, la



Pupieno y la paz pública (1)

prefectura del pretorio, y continuó las operaciones contra los persas. Una gran batalla ganada cerca de Resaina, á orillas del Caboras, abrió el camino de la capital de Persia, cuando estalló una sedición.

El nuevo prefecto del pretorio la había fomentado desorganizando de intento el servicio tan bien establecido por su predecesor: con órdenes secretas extraviaba los convoyes é impedía que los barcos cargados de víveres llegaran al campamento. Cuando vió nacer y extenderse el descontento, encargó á sus emisarios que fueran por las tiendas y los grupos de soldados á insinuar quejas contra Gordiano: un príncipe tan joven era incapaz de gobernar el imperio y más de conducir el ejército; era menester darle un colega que pudiera prestar los servicios que Timesiteo había prestado. Acosado el ejército por las privaciones defirió el imperio á Filipo y ordenó que gobernara conjuntamente con Gordiano, como su tutor.

Los amigos del joven emperador no podían engañarse sobre esta división de autoridad, impuesta por los soldados: era un amo lo que se le daba, y las insolencias premeditadas de Filipo no permitían dudar de ello. Y prepararon una contrarrevolución.

En efecto, cuando creyeron poder contar con un número suficiente de adeptos, obtuvieron una convocación del ejército, ni más ni menos que si hubiera sido una asamblea deliberante. Desde lo alto de su tribunal se quejó Gordiano amargamente de la ingratitude de Filipo, á quien había colmado de beneficios, decía, y pidió justicia contra él á los soldados, es decir la destitución del emperador que ellos mismos habían nombrado. Pero prevaleció el voto del partido contrario y fué la degradación de Gordiano la que pronunciaron.

Aquí pone Capitolino una escena de indignas súplicas en la que Gordiano hubo de bajar vergonzosamente todas las gradas del poder mendigando primero la división de la autoridad, luego el título de César, después la dignidad de prefecto del pretorio; en fin el grado de *dux* ó caudillo ó siquiera la vida. Así lo dice el citado autor.

Nosotros no tenemos más motivos para creer la bajeza del joven príncipe que su valor; pero á los veinte años de edad no se muere así.

luego el de Filipópolis. Los concilios distinguen á Bostra de Filipópolis, que se edificaría á sus inmediaciones (Labbe, *Conc.* t. VIII, páginas 644-675). Waddington ha encontrado las ruinas de Filipópolis, donde todavía se ven un teatro, un acueducto, termas, templos y numerosos edificios públicos; pero el recinto no estuvo nunca lleno: Filipo no tuvo tiempo de acabar su obra.

(1) IMP. CAES. PUP. MAX. AVG. alrededor del busto laureado del emperador. Reverso, PAX PUBLICA SC. y la Paz sentada.

Gordiano fué asesinado cerca de Zaita, la ciudad de los Olivares, donde su asesino le hizo levantar un magnífico sepulcro, que subsistía aun un siglo después. Otros tres emperadores, Valeriano, Caro y Juliano, morirán también en aquellos desiertos.

Filipo escribió al senado diciendo que los soldados lo habían elegido emperador en lugar de Gordiano, muerto de enfermedad, y el senado decretó la apoteosis para el uno y los títulos imperiales para el otro. Y se consoló de su secreto dolor concediendo á todos los miembros de aquella trágica familia, antes tan feliz, la exención de la tutela, legaciones y cargos municipales, *munera*. Era todo lo que entonces podía dar (febrero ó marzo de 244).

## III.—FILIPO (244)

En vez de continuar la guerra contra los persas, desalentados por su derrota de Resaina, se dió buena prisa Filipo á concluir la paz con ellos, en condiciones que les eran ventajosas, y volvió á Antioquía.

Eusebio, que estaba dispuesto á hacer de este asesino un cristiano, dice que se refería en su tiempo que, habiendo querido Filipo celebrar con la emperatriz la pascua en esta ciudad, el obispo San Babilao les prohibió entrar en la iglesia; que los dos se humillaron, hicieron la exomologesis ó confesión pública de sus pecados y entonces se



Gordiano III (2)

mezclaron con los penitentes. Estos rumores vinieron á tomar consistencia después, sin que se vea el interés que tenía la Iglesia en reclamar semejante prosélito. Posible es que aquel árabe hubiera tenido en su juventud conocimiento del cristianismo, y que como Mamea hubiera teni-

(2) Busto del museo del Louvre. Mármol de Luni.

do relaciones con Orígenes (1); ello es cierto que durante su reinado como en tiempo de Alejandro, vivieron los cristianos en paz (2); pero toda su conducta pública fué la de un emperador pagano. Según la leyenda de una de sus monedas, creía que su advenimiento había sido anunciado por Apolo (3), y las medallas de Otacilia ofrecen tipos profanos, honores sacrílegos que una buena cristiana hubiera rechazado.

Por otra parte, en aquel tiempo de confusión religiosa muchos espíritus estaban inciertos sobre sus creencias. El



La emperatriz Tranquilina, de Ceres (4)

sincretismo racional de los filósofos alejandrinos venía á ser irreflexivo en muchas almas. Así un monumento singular de fecha muy posterior, sin embargo, representa un San Jorge con cabeza de gavilán, es decir, el héroe de una leyenda cristiana confundido con un dios egipcio, con el dios Horo. El supuesto cristianismo de Mamea y Otacilia era de la misma especie y menos preciso aún.

Los acontecimientos del reinado de Filipo nos son casi desconocidos. La *Historia Augusta*, desde Gordiano III hasta Valeriano, es decir, de 244 á 253, se ha perdido, y

(1) Eusebio (*Hist. eccl.* VI, 33) poseía dos cartas de Orígenes, una dirigida á Filipo y otra á Otacilia, pero no dice que había en ellas la prueba de que fueran cristianos.

(2) Excepto en Alejandría según Eusebio (VI, 41). Pero esta supuesta persecución no fué sin duda más que uno de aquellos tumultos populares tan frecuentes en la ciudad, y en los cuales así parecían cristianos como paganos.

(3) *Ex oraculo Apollinis* (Cohen, IV, p. 201, n.º 4). Hizo declarar dios á Gordiano III y celebró todas las ceremonias paganas de los juegos seculares. En este reinado hubo en Alejandría un tumulto contra los cristianos, que no se apagó hasta que la guerra civil llamó la atención (Euseb. *Hist. eccl.* VI, 41).

(4) Estatua del museo del Louvre. Mármol de Paros.

para llenar este vacío, no tenemos más que los áridos y dudosos resúmenes de Zósimo y Zonaras, que escribieron, el uno en el siglo V y el otro en el XII. Hablan de una solemnidad que agitó á la Italia toda, la celebración de los juegos seculares por el milésimo aniversario de la fundación de Roma (248). A fin de honrar este gran recuerdo, se desplegó toda la magnificencia de las fiestas imperiales y el entusiasmo de los pueblos respondió á la pompa de las ceremonias. Habiendo avanzado siempre el dios Término por espacio de diez siglos, la multitud podía creer que no estaba en ánimo de retrogradar. Así viendo fortuna tan constante, durante tan largo espacio de la vida de la humanidad, los hijos degenerados de la vieja Roma dejaban á sus poetas prometer al imperio un nuevo milenario.

Pero los gritos de victoria van á cesar: un sucesor de Augusto y de Trajano caerá pronto bajo la espada de los godos; otro será cautivo de Sapor, y ya ha nacido quien reducirá á la antigua reina del mundo á un simple municipio italiano.

Filipo hizo una severa ordenanza contra el vicio griego, y si no consiguió destruir esa degradante aberración que pone al hombre bajo el nivel del bruto, á lo menos evitó el escándalo de su cínica é inverecunda ostentación (5).

Su hijo apenas tenía siete años. Sin embargo, Filipo lo nombró César y después Augusto (247), olvidando la triste suerte que había cabido á los príncipes menores de edad, para quienes la púrpura había venido á ser sudario, y colocó en los altos puestos á todos sus allegados. Su hermano Prisco tomó el mando del ejército de Siria; y su suegro (?) Severiano se puso al frente del de Mesia.

Por lo demás, era deferente con los senadores, y al parecer gobernó suavemente sin crueldades ni confiscaciones. Sin embargo, hizo pasar al fisco el palacio de Pompeyo, propiedad de los Gordianos, que lo habían embellecido mucho.

Los carpos, pueblo de origen gético, probablemente establecido hacia el Pruth, habían penetrado también en los países del bajo Danubio. Parece ser que Filipo fué personalmente á expulsarlos, haciendo dos campañas para terminar esta guerra (2456).

Después de su regreso á Roma, llegó la noticia de que exasperados los sirios por las exacciones de Prisco, habían proclamado emperador á Yotapiano, que se decía descen-



Moneda de Sapor ó Sapor I (6)

diente de Alejandro, y que en la Mesia algunos revoltosos habían proclamado otro, Marino (7). Turbado Filipo, se

(5) Los emperadores cristianos no consiguieron tampoco extirpar tan vergonzoso vicio. Aurelio Víctor, que escribía á mediados del siglo cuarto, dice: *manet, quippe conditione loci mutata, peioribus flagitiis agitur* (§ 28).

(6) Busto de Sapor y leyenda: *el adorador de Ormuzd*. En el reverso, pira entre dos personajes de pie con esta leyenda: *Chapeuri*. (Moneda de oro).

(7) Existen monedas imperiales de otros dos usurpadores que no se sabe dónde colocarlos, Pacaciano y Esponiano. El trabajo de estas monedas revela el tiempo de Filipo ó de Decio (Cohen, IV, páginas 229-231).



dió prisa en consultar al senado. Uno de los miembros de esta asamblea, Decio, que sabía muy bien lo que valían los



Memoria conmemorativa del viaje del emperador (1)

Con esto creyó Filipo conveniente enviar al ejército del Danubio al sabio senador y sagaz consejero que con tanto acierto había previsto el giro que tomarían los acontecimientos. Decio se resistió cuanto pudo buenamente á aceptar misión tan espionosa, previendo con la misma exactitud que antes que aquellas legiones que no se habían sublevado en catorce años, tomarían cualquier pretexto

ahora para darse el placer y los beneficios de una sedición.

Y en efecto, no bien se halló Decio entre las tropas, cediendo al fin á las porfiadas instancias de Filipo, cuando los soldados lo proclamaron emperador, bien á su pesar. Y es que los soldados, á quienes iba á castigar á causa de las últimas turbaciones, habían imaginado este hábil procedimiento, que al mismo tiempo los libraba del castigo que temían y les aseguraba una gratificación, *donativum*.

Decio escribió á Filipo dándole cuenta de los hechos; pero asegurándole que tan luego como llegara á Romapondría en sus manos la púrpura imperial. Filipo no se fió de su palabra y marchó al encuentro del ejército de Panonia, siendo vencido y muerto cerca de Verona (2). Los pretorianos que dejó en Roma degollaron á su inocente hijo: el pobre niño apenas tenía doce años y nunca se le había visto sonreír... (249).

## CAPÍTULO XCV

### EL IMPERIO A MEDIADOS DEL SIGLO III

#### I.—EL MUNDO BÁRBARO

El imperio romano, extendido al rededor del mar Interior, comprendía las más hermosas regiones de la zona templada: tierras fértiles que daban ricas cosechas y bellas ciudades, donde la civilización había tomado vuelo. A pesar de las catástrofes que se producían periódicamente en Roma ó en los campamentos, había un inmenso oasis en medio de la triple barbarie del Norte, del Sur y del Este. Por el momento, no era de temer la del Mediodía. Los jinetes del desierto no pensaban aun en abandonar las palmeras que los alimentaban, ni las fuentes donde apagaban su sed desde el tiempo de Abraham para recorrer el mundo sembrando una nueva fe. Solamente los blemyes inquietaban de vez en cuando el alto Egipto, y por la parte de Arabia, los sarracenos comenzaban á tomar nombre, como prueba la necia historia referida por la *Crónica de Alejandría*, de leones y serpientes colocados por Decio en las fronteras para tenerlos á raya (3).

En el Oriente bullía y rebullía un hormiguero de hombres, temibles para una guerra de fronteras, pero organizados en grandes Estados y por consiguiente incapaces por esta misma organización de esas expediciones que pisotean las ciudades y los imperios.

En las regiones septentrionales, al contrario, todavía duraba el movimiento de Oriente á Occidente que había comenzado en la más remota edad con la primera emigración de los arias. No pudiendo invadir las poblaciones sentadas del Irán, tomaban al Norte las hordas nómadas, franqueaban el *Volkerthor*, «la puerta de las naciones», y se acumulaban en la gran llanura sármata y germánica en una masa flotante, mal adherida al suelo, que vivía de sus rebaños más bien que de la agricultura y á quien acusa un antiguo

(1) Reverso de un bronce de Gordiano III con la leyenda *Traiectus Aug.* Gordiano está sentado en la popa de una galera pretoriana alrededor de la cual nadan tres delfines. Aun hoy se ven en el Helesponto muchos marsuinos cercando á las naves.

(2) La *Crónica de Alejandría* le da 45 años á su muerte.

(3) Amiano Marcelino (XXII, 15) dice:... *Scenitas Arabas quos Saracenos nunc adpellamus.*

de poner el derecho en la fuerza; costumbre que ha sido de todos tiempos y lo es todavía del nuestro. Era una vecindad muy peligrosa.

A pesar de lo ingrato de la tierra y de lo rudo del clima, aquellas prolíficas razas pululaban grandemente, y en medio de su pobreza convertían con frecuencia los ojos hacia el país del sol y del oro.

En tiempo de Mario, mientras más de trescientos mil cimbras y teutones devastaban la Galia, España y la Italia septentrional, habían caído otros bárbaros sobre la península helénica y desoládola desde el mar Adriático hasta el Negro. Cuando después de la victoria de Vercelli hizo Mario cincelar en su escudo la cabeza de un bárbaro con la lengua fuera, creyó Roma haber ahogado la barbarie entre sus poderosos brazos.

Pero no bien se habían deslizado cuarenta años, cuando aquella barbarie reaparecía en son de amago: ciento veinte mil guerreros, vanguardia de la gran nación de los suevos, y cuatrocientos treinta mil usipetes ó ténteros acometían la empresa de conquistar la Galia; y ya ocupaban las provincias orientales, cuando César rechazó á los unos á los bosques de Germania, y exterminó á los otros entre el Rin y el Mosa. En tiempo de Marco Aurelio, una vasta coalición sembró también la inquietud hasta Roma: los marcomanos llegaron á vista de Aquilea, y fué preciso que el emperador se estableciera á pie fijo, durante muchos años, á orillas del Danubio con las principales fuerzas del imperio. Esta guerra llenó más de la mitad de su reinado.

Así, en tres siglos, tres invasiones formidables: los cimbras, Ariovisto y los marcomanos; y en el intervalo de las grandes invasiones multitud de combates parciales y continuos gritos de guerra corrían con pavoroso estruendo á lo largo del Rin y del Danubio. Esta barbarie septentrional era como un mar de hombres, cuyas olas, ya flojas, ya potentes, batían sin cesar los atrincheramientos romanos.

Con César, Augusto y Trajano, había tomado Roma la ofensiva, pasado el Rin y el Danubio y penetrado por una parte hasta el Elba, donde no pudo sostenerse, y por otra hasta la cima de los Cárpatos, á través de la Dacia conquistada. Pero los germanos no se dejaban coger: la paz no tenía en ellos más eficacia que la guerra; en contacto dos

veces secular de la civilización, no habían ganado nada. Am. Marcelino los presenta aun en tiempo de Juliano, sin poseer una ciudad, ni atreverse á vivir en las que habían sometido. «Un recinto de muros les parecía una red para pescar hombres y la ciudad misma un sepulcro para enterrarlos vivos.» Uno de sus grandes pueblos, los suevos ó suabos, se llamaban *hombres errantes*. A los tráfugas, á los prisioneros de guerra, á los negociantes romanos que les compraban el ámbar del Báltico ó las blondas cabelleras de sus mujeres, no les pedían más que los medios de hacer más terribles sus ataques.

Roma no encontraba pues en ninguna parte de aquel mundo vago y fugitivo puntos fijos donde pudiera establecerse para dominar desde allí todo el país. Por eso, después de varias tentativas, no quiso comprometer en ello su fortuna. Su política respecto de los germanos fué cubrir de fortalezas la orilla romana de los dos grandes ríos, y arrojar por delante de esta línea de defensa que se extendía sin interrupción desde el mar del Norte al Ponto Euxino, gratificaciones á los jefes para atraer á la paz á los belicosos, muchas intrigas para dividirlos y algún oro para atraer al servicio del imperio á los guerreros más bravos.

Estas precauciones sirvieron hasta los días en que la emigración de los godos trastornó la Germania oriental é hizo llegar al Euxino á los que habían de desempeñar el primer papel en el gran drama de la destrucción del antiguo mundo.

Los godos ó los Buenos, *Gut thind*, que dejaron en la península escandinava profundas huellas de su permanencia y de su nombre, la abandonaron en una época desconocida, pero reciente, bajo el mando y conducta de dos familias poderosas, los Amales y los Baltos ó Atrevidos, que se suponían descendientes de Odín y de Freya, Venus del Norte (1). Estos reyes pontífices, aunque sin carácter sacerdotal, jueces del pueblo en la paz y sus caudillos en la guerra, sometieron á los vándalos, que eran probablemente de su sangre, y á otros muchos pueblos que arrastraron consigo, ó rechazaron, ya al Sur, ya al Oeste.

Creciendo el número de los godos con sus victorias, que atraían á todos los aventureros ávidos de guerra y de botín, el grueso de la nación se dividió en dos cuerpos: el uno, los godos del Este ú ostrogodos, al mando del rey Filimer, pasó el Vístula y sometió á los sármatas hasta el Euxino; el otro, los godos del Oeste ó visigodos, se estableció por encima de la embocadura del Danubio. Puestas en movimiento algunas tribus por esta gran mudanza de pueblos, fueron más lejos hacia el Occidente. Los gépidos ó rezagados, á la Transilvania, de que los romanos sólo ocupaban ya los puntos fortificados; los vándalos y los hérulos, á los Cárpatos de la Moravia; los longobardos, al alto valle del Oder; los burgundos al valle del Saale y del Mein. Hasta es posible que algunos de estos pueblos hubieran llegado muy cerca de la frontera meridional tomando parte en la guerra marcománica en tiempo de Marco Aurelio, ó que la presión ejercida por ellos sobre los germanos del Sur hubiera obligado á éstos á buscar fortuna Danubio allende.

Por el éxito de esta migración, hallábanse los godos á las inmediaciones del mundo civilizado. Los pastos de la

(1) Los Baltos, dice Jordanes (29), son después de los Amales los más nobles de los godos. Los vándalos tenían reyes de la familia de los Astingios (Id. 22). Tolomeo en tiempo de los Antoninos cita á los godos como establecidos ya en el curso inferior del Vístula. El lugar que dejaron libre los godos y sus aliados á orillas del Báltico, fué ocupado por los eslavos.

tierra Negra mantenían lucios sus ganados; la feraz Ucrania les daba más trigo que necesitaban; los ríos sármatas llevaban sus barcas al Euxino que rodeaba un cinturón de ciudades llenas de riquezas y de fácil toma y saqueo; y mientras los Cárpatos cuyas enhiestas y ásperas cimas nunca se habían atrevido á pasar los romanos, ocultaban sus movimientos, tenían ellos entre el mar y estas montañas, una puerta siempre abierta sobre las provincias romanas. Iban pues á multiplicarse á sus anchas y sin temor alguno en estas fecundas regiones, desde donde podían sus gue-



Filipo, el padre (2)

reros casi columbrar el inmenso y rico botín reservado á sus valerosas hazañas.

Sus cantos nacionales que pudo leer Jordanes, pero que por desgracia no nos conservó, referían sus grandes hechos de armas. Se preciaban de haber sometido á los marcomanos al tributo, y á los príncipes de los cuades á la obediencia. Su dominación ó influencia se extendía pues desde la Bohemia al Quersoneso Táurico, y su nombre era temido á gran distancia.

Su primera aparición en la historia romana data del año 215. Para atraerse á la poderosa nación, cuya mano pesaba tan gravemente sobre la cabeza de sus antiguos enemigos, los romanos dieron á los godos subsidios que no impidieron que las provincias romanas tuvieran que temer muy pronto tan enojosa vecindad. Cuando el cuerpo de la nación permanecía inmóvil, se desprendía de él alguna banda aventurera que á su cuenta y riesgo pasaba el Danubio ó el Euxino. ¿Procuraron los godos, como los dacios en tiempo de Trajano, ponerse en inteligencia con el

(2) Busto del museo del Louvre cuya atribución es incierta.